La Última Curva

Art. 39 10 de noviembre de 2025

El falso sentido de seguridad

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

¿Nos fiamos demasiado del sistema, de los sistemas?
¿Creemos que por no cometer infracciones graves ya somos “conductores seguros”?
¿Y qué ocurre cuando normalizamos pequeños riesgos cotidianos?

Tres preguntas incómodas, pero necesarias.
Quizá el problema no esté solo en los grandes excesos, sino en los pequeños descuidos que asumimos como parte del paisaje.

Ya no percibimos el riesgo como algo real, sino como una posibilidad remota, casi estadística.

Nos creemos seguros porque el coche lleva siete airbags, control de tracción, sensores de aparcamiento y un botón que frena por nosotros.
Nos creemos responsables porque no bebemos cuando conducimos, porque respetamos los semáforos y porque “solo miramos un segundo el móvil”.
Nos creemos conductores prudentes porque no cometemos grandes infracciones… pero olvidamos que la mayoría de los siniestros se cuecen precisamente en los pequeños gestos que damos por inofensivos.

Vivimos instalados en una especie de **autoengaño tecnológico y moral**, una confianza ciega en que “el sistema” —sea el coche, la norma o la estadística— nos protegerá de nosotros mismos.
Y claro, cuando nada pasa, reforzamos la idea de que lo hacemos bien.
Hasta que pasa.

Ese es el peligro del **falso sentido de seguridad**: la rutina.
El “no voy tan rápido”, el “siempre lo hago así”, el “no pasa nada”— algo que repito todas las semanas en todos los artículos, ya que a veces nos creemos nuestras propias películas o mentiras—.
La costumbre de jugar con el riesgo hasta que el riesgo deja de parecerlo.
Y entonces llega ese instante en el que una distracción de un segundo, una curva mal tomada o una distancia mal calculada desvela la verdad:
no éramos tan buenos, ni tan seguros, ni tan conscientes como creíamos. Cuando algo falla, no hay algoritmo que te salve.

El gran problema es que **confundimos seguridad con ausencia de peligro**.
Pensamos que por no hacer nada “malo” ya estamos haciendo todo bien.
Y no: entre el infractor y el responsable hay un mundo de matices donde habitan millones de conductores que, sin mala intención, cometen cada día errores potencialmente mortales.
Mirar el móvil “un segundo”, no usar el intermitente, apurar un semáforo en ámbar, circular con fatiga, confiarse en una curva que ya conocemos…
Pequeños gestos que, repetidos y normalizados, se convierten en costumbre.
Y la costumbre es el principio del desastre.

El sistema puede ayudarnos, pero no puede pensar por nosotros.
Los coches modernos pueden frenar solos, pero no pueden anticipar nuestra soberbia.
Las normas pueden guiarnos, pero no pueden protegernos del exceso de confianza.

A veces me pregunto si la verdadera pandemia de la carretera no es la imprudencia, sino **la autosuficiencia**.

Esa convicción de que “a mí no me va a pasar”, de que los siniestros les ocurren a otros, a los imprudentes, a los locos, a los que salen en las noticias.
Y sin embargo, la mayoría de las víctimas eran personas como nosotros, que solo iban de casa al trabajo, del trabajo al cole, del cole al gimnasio.

Quizá ha llegado el momento de recordar algo esencial: la seguridad no está en los sistemas, sino en las personas.
Y los sistemas solo son eficaces cuando la persona que los usa **no se siente invencible**.

Porque por muy moderno que sea el coche, por muy buena que sea la carretera o por mucho que mejore la ley…
si seguimos confiando más en la tecnología que en la prudencia,
acabaremos demostrando —una vez más— que el peor error humano es creerse infalible.